

Jubilado en prácticas.

Autor: Manuel Carlos Cid González.

*Finalista en el
16º Certamen "Picapedreros"
de Poesía, Guion y Micro relato,
convocado por Revista La Oca Loca,
de Daroca (Zaragoza)*



Una calle cualquiera, al pie de una obra. Dos vallas amarillas, en la corbata, delimitan la zona en construcción, situada en el patio de butacas.

Personajes:

OBRERO 1: voz en off

MANUEL: voz en off

ALBERTO: Sesenta y cinco años. Pantalón vaquero y camisa a cuadros.

JUAN: Setenta años. Pantalón marrón, camisa blanca y chaleco.

ANTONIO: Setenta y cinco años. Chándal.

CONCHA: Sesenta años. Bien vestida y maquillada.

ENCARNI: Sesenta y cinco años. Bien vestida y maquillada.

MARUJA: setenta años. Vestida con ropa humilde. Usa moño alto.

Al abrir el telón, nadie en escena. Ruido de martillo neumático y maquinarias.

OBRERO 1: ¡*Quillo*, Manuel, cuidado con la tubería, que estás picando muy cerca!

ALBERTO: (*Entra con una valla de plástico que coloca entre las otras. Se sacude y mira a los obreros (hacia el público), apoyado en su valla*).

OBRERO 1: ¡*Quillo*, no te arrimes!

MANUEL: ¿Te quieres callar, que me distraes? ¡No pasa nada!

JUAN: (*Entra por la izquierda con dos bolsas llenas en las manos. Se para a hablar con Alberto*). Buenos días.

ALBERTO: Buenos días.

JUAN: ¿Qué? ¿Nuevo?

ALBERTO: ¿Cómo?

JUAN: ¿Qué si es nuevo por la obra? No lo he visto nunca.

ALBERTO: Debutó hoy. Estoy recién jubilado.

JUAN: Un activo menos para la sociedad y un esclavo más para la mujer.

ALBERTO: ¿Cómo?

JUAN: No, nada. Filosofaba. Entonces..., recién jubilado.

ALBERTO: Hace un par de meses.

JUAN: Se puede decir que está usted en periodo de prácticas ¿no?

ALBERTO: Pues sí. De prácticas, totalmente.

OBRERO 1: ¡Quillo, no te arrimes tanto, que le vas a dar!

JUAN: Fijo que pica la tubería. *(Al obrero, a voces)*. ¡Manuel, suelta el martillo neumático y coge el de mano, que le vas a dar a la general!

MANUEL: ¡¿Otro?! ¡Vete a la mierda!

JUAN: *(A Alberto)*. Como pique la general, nos quedamos sin agua en el barrio.

ALBERTO: No sé. Yo de eso no entiendo. He venido por inercia, porque me han dicho que los jubilados se distraen mucho mirando las obras.

JUAN: No solo te distraes. También contribuyes a que hagan las cosas bien.

ALBERTO: Pero yo de obras no entiendo.

JUAN: En dos días se pone usted al corriente. Por cierto, me llamo Juan *(Le ofrece la mano)*.

ALBERTO: Alberto, Alberto Lay.

JUAN: ¿Cómo lo lleva?

ALBERTO: Regular. Con frustración. Al principio me acercaba a desayunar con los compañeros, pero me dio la sensación de que estorbaba y cada vez voy menos. Si intento aconsejar a los jóvenes, me toman por el abuelo Cebolletas, contando batallitas. De un día para otro, lo que me ha costado cuarenta y dos años aprender, no le interesa a nadie. Y me da pena, porque no sé qué hacer con lo que sé.

JUAN: Al principio cuesta. Hay que buscarse actividades alternativas. Apúntese a talleres de teatro, de baile...

ALBERTO: Ahí no hay más que viejos.

JUAN: ...dijo la sartén al cazo.

ALBERTO: ¿Cómo?

JUAN: No, nada. (*Irónico*). También se puede apuntar a la catequesis de primera comunión.

ALBERTO: (*Con resignación, comprendiendo la ironía*). Cuesta aceptar que, con sesenta y cinco años, uno es un viejo.

JUAN: Mayor. Es usted mayor. Viejo no. Además, se le ve fuerte.

ALBERTO: Por eso me da coraje la jubilación. ¿Por qué no puede seguir trabajando el que quiere y puede? Y si no es trabajando, acompañando a los nuevos. La cantidad de chavales que empiezan a trabajar muy bien formados, porque ahora estudian todos, pero sin experiencia. Nosotros les podemos aportar esa experiencia. Que la paga que nos dan de jubilado sirva para algo.

JUAN: Quieto ahí. A usted no le da nadie nada. Usted ha estado cotizando toda su vida y los gobiernos han estado usando su dinero, dinero que ahora tienen que devolvernos. Lo nuestro no es caído del cielo. Es fruto de nuestro trabajo. Lo otro que usted dice, lo de aportar experiencia, es otra cosa. Eso debía estar regulado para el que quiera hacerlo. Y a usted se le ve capaz de pintar el edificio este cuando lo acaben.

ALBERTO: ¡Ah! Si yo le contara.

JUAN: Cuente, cuente. Tenemos tiempo de sobra.

ALBERTO: El segundo día de jubilado me mandó mi mujer por dos latas de pintura de quince kilos, de las grandes, que yo me dije... ¿para qué querrá tanta pintura? Y me enteré de momento. Yo no había cogido una brocha en mi vida y he pintado el piso entero, techos incluidos.

JUAN: Eso es de primero de jubilado.

ALBERTO: Y ella a mi lado diciendo que dejaba muchos muñecos, muchas zonas sin pintura. Arreglado a lo que ella me decía, habré dejado muñecos para poner una tómbola de *chochonas*.

JUAN: (*Riendo*) Con el tiempo se pasa.

ALBERTO: ¿Seguro?

JUAN: Si ya lo ha pintado todo... un repasito de vez en cuando de mantenimiento y tendrá usted las paredes siempre como inmaculadas.

ALBERTO: ¡Ojú, ojú! Yo no sé cómo va esto de ser jubilado, porque estoy trabajando más que antes.

JUAN: Porque ahora tiene tiempo. Ya le cogerá el tranquillo. Es como vivir en un sábado eterno.

ALBERTO: No le entiendo.

JUAN: Todos los comercios están abiertos, pero usted no tiene que ir al trabajo.

ALBERTO: Es verdad. Antes, las chapuzas y la compra la hacíamos los sábados. Ahora, me manda mi señora todos los días. Pero mire usted... me manda por la leche al *Mercadona*, que coge tela de retirado, porque la leche tiene que ser *Hacendado*. Cuando llego, me manda por la fruta. Cuando vuelvo, me manda por el pan, ¡que está a lado de la frutería...!

JUAN: Cosa de novatos. Quéjese usted.

ALBERTO: ¡Ya me quejo! Al principio pensaba que lo hacía para ahorrar ¡pero no! Lo hace para quitarme de en medio.

JUAN: Ya. (*Van entrando por la derecha Antonio y dos señoras*)

ALBERTO: Dice que un hombre todo el día en casa es un estorbo. ¡Pero para pintar no estorbaba!

ANTONIO: ¡Ea, vayan ustedes con Dios!

CONCHA: ¿Dónde vas, Antonio?

ANTONIO: Yo me quedo aquí, en primera línea de valla.

ENCARNI: Con Dios. Y dale recuerdos a tu mujer.

ANTONIO: Así lo haré.

JUAN: (*Mientras atraviesan las mujeres hacia la izquierda*) ¡Ole, ole, ole!

¡Quién tuviera sombrero para podérselo quitar delante de ustedes!

CONCHA: ¡Oiga usted! ¿Usted que se ha creído?

JUAN: Perdona, solo era solo una galantería hacia dos señoras guapas.

ENCARNI: ¡Chiquilla, Concha...!

CONCHA: ¡Que ya estoy harta, Encarni! ¿Este hombre que no nos conoce de nada por qué nos tiene que decir nada?

JUAN: Perdona, ¿La he ofendido en algo?

CONCHA: Usted no tiene por qué dirigirnos la palabra.

ENCARNI: Concha, hija, no te pongas así por un piropo.

CONCHA: ¡Pero vamos a ver! ¡¿Yo le he dicho a él si es moreno o rubio, guapo o feo?!

ENCARNI: Anda, hija, no seas extremista. (*Coqueta*) Caballero: es usted muy galante.

CONCHA: ¡Encarni! ¡También tú!

ENCARNI: ¿Qué quieres, hija? Un piropo elegante, bien tirado, a mí me gusta.

CONCHA: ¡Encarni!

ENCARNI: (*Coqueta, a Juan*) Y si es por un moreno feucho, pero gracioso...

JUAN: Gracias, Encarni. Juan Vela, para servirle a Dios y a usted.

ENCARNI: Muchas gracias, Juan.

JUAN: Si estuviera soltero, le tiraba los tejos.

CONCHA: ¡¿Habrás visto hombre descarado?! ¡Tira, tira!

ENCARNI: Adiós, Juan..., y la compañía. (*Mutis izquierda las dos*)

Todos: Adiós.

ANTONIO: (*A Juan*) Buena rociada mañanera, Juan.

JUAN: Vaya que sí. ¿Qué le pasa a su amiga, Antonio?

ANTONIO: Que cada uno es como es. Ha tirado usted la caña; una a entrado al cebo y la otra le ha dado un coletazo en toda la cara. La vida.

ALBERTO: Diga usted que sí.

ANTONIO: A todo esto, buenos días, Juan y la compañía.

JUAN: Buenos días, Antonio. Le presento a Alberto (*Se saludan*). Es nuevo.

ANTONIO: ¿De prácticas?

ALBERTO: Pues sí. Practicante, pero no me llame para que le ponga una inyección, que lo dejo cojo. (*Ríen*).

JUAN: Anda, Antonio, el nuevo tiene ángel.

ALBERTO: Pero me coge, esto de la jubilación, un poco... no sé cómo decirle.

ANTONIO: Tranquilo, que eso se pasa en dos días. (*Al obrero*). Verás tú.

¡Manuel, coge el cincel que le vas a dar a la general!

MANUEL: (*A voces*). ¿Me queréis dejar tranquilo? ¡Iros a tomar por el culo!

JUAN: Ya se lo he dicho yo hace un momento.

ALBERTO: ¿Veis? A eso es a lo que me refiero. En las grandes civilizaciones de la historia, la opinión de los ancianos, era tenida en cuenta, pero hoy... nadie quiere nuestros consejos, porque todo está en internet.

ANTONIO: Eso es lo que hay. Pero no nos echan cuenta ni los jóvenes ni los viejos. Mire usted. Yo estoy harto de decirle a Juan que use un carrito, que le van a llegar las manos a los tobillos, arrastrando esas bolsas.

ALBERTO: Es verdad. Además, se fastidiará la espalda.

JUAN: La espalda y los riñones. Algunos días llego a mi casa para que me den... y no me paguen.

ANTONIO: ¿Lo ve...? Y no me echa cuenta.

JUAN: La culpa la tiene el móvil. Yo salí a pasear, nada más. Pero mi mujer me ha mandado un *WhatsApp* con una lista para la compra.

ANTONIO: ¡Pero si le pasa a usted todos los días, Juan! Yo siempre salgo con el carrito. Me cuido la espalda y me sirve de apoyo. Porque mi mujer hace lo mismo, me llama cuando estoy en la calle. Y llevo lo que me puede hacer falta, mire usted: (*Sacando y guardando*) un paraguas por si llueve o hace mucho sol; una caja de pañuelos, que es muy socorrida; un chubasquero, para echárselo al carrito por encima si llueve; una rebeca, por si refresca; un

trapito (*Lo extiende sobre la valla*); una gorra (*Se la pone*); unas gafas de sol (*Se la pone*); un banquito plegable (*Lo abre y se sienta*); una botella de agua (*La saca*); café (*Saca un termo y se va dispensando un café*).

JUAN: Todo un profesional.

ANTONIO: Muchos años. La experiencia, que es un grado.

ALBERTO: Eso dicen.

ANTONIO: ¿Usted quiere un cafelito? Es descafeinado, con leche desnatada sin lactosa y con sacarina...

JUAN: El café sin cafeína, la leche sin lactosa ni grasa y en vez de azúcar, sacarina.

ANTONIO: Eso es lo que hay, Juan. Yo ofrezco lo que tengo. Si a usted no le gusta...

JUAN: Hombre, Antonio, perdone usted que le diga, pero eso que usted toma es agua sucia recalentada.

ALBERTO: Yo se lo agradezco, pero para mí es un poco tarde para tomar café.

JUAN: ¿Lo ve usted? No son horas.

ALBERTO: Es que las 12 es una hora muy mala. Ni pega café ni pega cerveza. Yo me he traído un paquete de pipas (*Saca un paquete de pipas y lo ofrece*), que dicen que un puñadito de frutos secos al día no hace daño, ¿quieren ustedes?

ANTONIO: ¡Ve usted, Juan! Este señor ofrece pipas, yo ofrezco café. Pero es que usted no trae ni tabaco.

JUAN: La pensión da para lo que da.

ALBERTO: ¿Fuman ustedes?

ANTONIO: Poco. Tal como está la cosa, aquí es el único sitio donde puedes fumar sin que te llamen la atención. Y una cosa le voy a decir: yo ofrezco café, pero tabaco no, que está muy caro.

ALBERTO: ¡Tela! Yo lo dejé con el cambio de milenio, que costaba el Winston del estanco casi 400 pesetas.

JUAN: Casi dos euros y medio.

ALBERTO: Más o menos. El Fortuna casi 300 pesetas y el Ducados casi 200.

JUAN: Eso, al cambio, eran, más o menos un euro con ochenta y uno veinte.

ALBERTO: Yo fumaba Fortuna. Un paquete diario, que al año eran unas 110.000 pesetas.

JUAN: 660 euros.

ALBERTO: Y el sueldo medio mensual era de unas 150.000 pesetas.

JUAN: 900 euros.

ALBERTO: Le pasa a usted lo contrario que a mí, Juan.

JUAN: No sé ¿Qué le pasa a usted?

ALBERTO: Usted pasa las pesetas a euros y yo todavía tengo que pasar los euros a pesetas para saber lo que cuestan las cosas.

ANTONIO: ¡Como nos engañaron con el euro!

JUAN: Totalmente. Un euro 166,386 pesetas. Ibas a la tienda y lo que un día te costaba cien pesetas... al día siguiente te costaba un euro. Subida del 66,386% por la cara.

ALBERTO: Totalmente. Pues como estaba diciendo, me acostumbré a echar el dinero del tabaco en una hucha. Al final, con ese dinero era con el que nos íbamos de vacaciones la familia.

ANTONIO: ¿Son ustedes muchos de familia?

ALBERTO: El matrimonio y dos niñas.

JUAN: ¿Chicas?

ALBERTO: No, hombre, no. Es la costumbre. Son dos mujeres hechas y derechas, ya independientes.

ANTONIO: Entiendo que solteras y sin niños.

ALBERTO: Bueno, casi solteras y casi sin niños.

JUAN: ¿Eso como es, Alberto?

ALBERTO: (*Con sorna*). Casi solteras porque viven con los novios en pecado, con lo que me gusta a mí una boda.

JUAN: Eso está ahora muy de moda. Se ahorran tener que divorciarse.

ALBERTO: Sí. Si yo no digo que esté mal, pero una *mijita* de papeles que le dé un poco de formalidad a la cosa no estaría mal, que luego vienen los niños y no saben que poner en el libro de familia.

ANTONIO: ¿Están embarazadas?

ALBERTO: ¡Qué va!

JUAN: ¿No dijo usted que estaban casi sin niños?

ALBERTO: (*Con desgana*). Tienen perros. Uno cada una.

ANTONIO: Eso también está muy de moda. Los perro-nietos.

JUAN: Sacarlos a pasear le servirá de distracción.

ALBERTO: Negativo Charli. En mi casa había animales, pero en el campo. Esto de ahora con los perros no lo entiendo. Están en un rango social superior al de las personas.

ANTONIO: No entiendo.

ALBERTO: Sí, hombre, sí. Mis hijas son las esclavas de los perros. Los tratan mejor que mí. Les compran la comida equilibrada, juguetitos, ropitas, una cama, peluquería, los llevan a clase de comportamiento, al veterinario, al psicólogo ... yo que sé.

JUAN: Hombre, si se tiene un animal es para tenerlo bien cuidado. Los animales dan mucha compañía y cariño.

ALBERTO: (*Enojado*). Lo que dan compañía y cariño son los niños. En vez de perros, que tengan niños, ¡joder!, que estoy deseando tener nietos.

ANTONIO: Ande, deje usted que vivan su vida. Que sean felices con sus perros y que tengan los niños cuando quieran.

ALBERTO: ¡Coño! pero es que se me va a pasar la edad. ¿Ustedes tienen nietos?

JUAN: Yo tengo cinco.

ANTONIO: Yo tengo seis.

ALBERTO: ¿Y no disfrutan ustedes de ellos?

ANTONIO: ¿Sabe usted porqué me tomo yo ahora este cafelito? Porque es el único momento que tengo tranquilo. Me levanto a las siete de la mañana para ir a casa de mis hijos a recogerles los niños para dejarlos en la escuela y en el instituto. Luego sal a hacer los recados y no te entretengas, que a las dos tienes que recogerlos. De los seis, cuatro almuerzan en casa. Los dos de mi Pepi son unos maleducados, como su padre, pero mi Pepi dice que somos nosotros, mi mujer y yo, los que estamos malcriando a sus hijos. Por la tarde los tengo que llevar a las extraescolares, cada uno a una hora. Entre medio, asegurarte de que hacen los deberes y, luego, recógelos, dales de merendar y lleválos a sus casas. Y sin parar de pelearse y dar voces. ¿Eso es disfrutar de los nietos? Algunas veces preferiría un perro, que, con sacarlo un rato a cagar, va que escarba.

MARUJA: *(Ha entrado por la derecha y ha escuchado a Antonio, que no la ha visto llegar)* Y encima te sobra tiempo para darle al palique con los amigos ¿no?

ANTONIO: ¡Coño, Maruja! ¿Qué haces por aquí?

MARUJA: ¿Que qué hago? Llevo más de media hora llamándote y tú con el móvil apagado, ¿no?

ANTONIO: No sé. Espérate que lo mire.

MARUJA: Y ustedes ¿qué?, rascándose los güevos también, ¿no?

JUAN: Yo... *(Enseña las bolsas)*

ALBERTO: *(Excusándose)* Yo soy nuevo.

ANTONIO: Pues se ve que se ha quedado sin batería.

MARUJA: ¿Otra vez? *(Con retintín)* Últimamente se te queda sin batería con mucha frecuencia.

ANTONIO: ¿Qué quieres, hija? La memoria.

MARUJA: (*Dándole una nota escrita*) Toma, anda. Llégate al súper y tráete esto ligero.

ANTONIO: Y ya que estás aquí ¿por qué no vas tú?

MARUJA: Tú aquí, de cháchara y tomando café. Y yo, con el cáterin a medio terminar, me voy al supermercado ¿no? ¿Tú eres tonto, Antonio?

ANTONIO: Bueno, vete para casa. Ahora te llevo esto.

MARUJA: (*Lléndose*) ¡Y que no te huela yo a tabaco! (*Mutis de Maruja por donde vino*)

JUAN: (*Con intención*) ¡Vaya!

ANTONIO: (*Con resignación*) ¡Vaya!

JUAN: Hablando de vallas (*Señalando a la valla que puso Alberto*), ¿esta valla tan nuevecita cuando la han puesto?

ALBERTO: Esta valla es mía.

ANTONIO: ¿Cómo que es suya?

ALBERTO: Sí, sí. Mía. La he comprado yo. Como cuando pasaba por aquí, veía que estaban ocupadas, dije... me llevo la mía.

JUAN: ¡Quite, hombre, quite! devuelva eso.

ALBERTO: Es que, además, éstas están muy guarras.

ANTONIO: Desconchadas y con un poco de polvo, nada más. Yo por eso le pongo un trapito.

ALBERTO: Yo pensé: igual, cuando llegue, no hay sitio.

JUAN: No hombre, no. Si llega alguien nuevo, nos apretamos un poco y ya está. Las apreturas duran poco. Antes de ayer, sin ir más lejos, se quedó un hueco libre. A Francisco, el mecánico, lo enterramos ayer, con lo bien que estaba para sus 84 años. Pobrecillo. Murió de repente.

ALBERTO: ¿Un infarto?

JUAN: No, no, qué va. Lo atropelló un niño que iba por la acera con un patinete.

ANTONIO: *(A voces, a Manuel)* ¡Manuel, que le vas a dar!

MANUEL: ¡Métete en tus asuntos!

ANTONIO: ¡Es que, si le das, nos dejas sin agua, cojones!

MANUEL: ¡Vete a cagarla!

ANTONIO: ¡Y sin agua... ¿cómo me lavo?!

MANUEL: ¡Con tinto de verano, capullo!

ANTONIO: *(A Alberto)* ¿Ha visto usted la educación de la juventud? Así nos luce el pelo.

ALBERTO: Una pena. Viniendo hacia acá le he tenido que ceder el paso en la acera a una chavala, porque, si no, es que me arrolla mirando el móvil y eso que se me veía bien, que venía con la valla bajo el brazo.

JUAN: ¿Qué va a hacer con ella?

ALBERTO: ¿Con la chavala?

JUAN: No hombre, no. Con la valla.

ALBERTO: ¡Ah! Devolverla. Por cierto ¿por aquí no vienen “chavalas”?

JUAN: ¿Por la obra? ¡Qué va! Y las que pasan ya ve usted cómo se las gastan

ANTONIO: Las mujeres no se jubilan nunca. ¿Usted ve a su mujer parada?

ALBERTO: No.

JUAN: La jubilación es un privilegio de los hombres.

ALBERTO: Pues yo no lo veo.

ANTONIO: Las mujeres no paran, pero nosotros, en esta etapa, tenemos que buscar motivaciones nuevas.

ALBERTO: ¿A ustedes qué les impulsa a levantarse por la mañana?

JUAN: Las ganas de mear. *(Ríen)*.

ANTONIO: ¿Se ha apuntado usted ya a los viajes...? (*Se oye un estruendo y agua que llega hasta ellos. Reaccionan y se separan de las vallas*). ¡Buen viaje a la tubería!

OBRERO 1: ¡¡Cortad la general!! ¡¡Manuel, ¿te ha pasado algo?!!

MANUEL: ¡No! ¡No ha sido nada!

JUAN: (*Recogiendo sus cosas*) ¡¿Qué no?! ¡Si ha reventado la general! ¡Todo el barrio sin agua! ¡Si se lo estábamos diciendo!

ALBERTO: ¡Qué buen debut! ¡Cómo nos han puesto los salpicones!

JUAN: Aquí tiene usted el mejor ejemplo de motivación para levantarse por la mañana. ¡Vivir! Que en cualquier momento pasa algo que nos manda al otro barrio. (*Se despiden. Alberto con su valla*).

ANTONIO: (*Yéndose todos*). Tenía que haber sacado el paraguas...

Telón.